

SAMUEL NOEL KRAMER

Jean-Maurice de Montremy

En: Bottéro, Jean, et Al., *Introducción al antiguo Oriente; de Sumer a la Biblia*, Barcelona, Grijalbo-Mondadori, 1996, págs. 13-19.

*«Dios mío, el día brilla luminoso sobre la tierra:
para mí el día es negro.
Las lágrimas, la tristeza, la angustia, la desesperación
se han instalado en el fondo de mí.
El sufrimiento me engulle
como a un ser elegido sólo para las lágrimas»¹*

Este canto del hombre perseguido por la desgracia se publicó por primera vez en Estados Unidos en 1954. Había dormido durante más de 4.000 años, enigmáticamente transcrito en algunas de las 500.000 tablillas de barro que desde finales del siglo XIX salen de las antiguas arenas de Sumer (3500-2000 a.C.), a la entrada del golfo Pérsico.

No conoceríamos este lamento, ni muchos otros testimonios del genio de Sumer, si no fuera por el trabajo de hormiga de un hombrecillo prodigioso, que tenía dos nombres predestinados: Samuel Noah Kramer. El texto estaba dividido en 6 tablillas y fragmentos desperdigados por el mundo. Hoy se encuentran reunidos en el Museo de la Universidad de Filadelfia (4 documentos) y en el Museo de las Antigüedades Orientales de Estambul (2 documentos). Antes de que Samuel Noah Kramer hiciera infinidad de viajes de depósito en depósito, y se pasara horas, días, meses enteros enfrentándose a los extenuantes trazos cuneiformes, nadie había logrado descifrar un texto comprensible. Faltaban demasiadas piezas del rompecabezas.

Samuel Noah Kramer hizo el mismo trabajo con cientos de textos: leyes, decretos, juicios, tratados, negociaciones comerciales, cantos míticos, cosmogonías y epopeyas. El sabio estadounidense impuso su revolución sobre todo en el campo literario y religioso. Cerca del 90 por 100 de las tablillas encontradas desde que empezaron las expediciones arqueológicas occidentales en Mesopotamia trataban de asuntos administrativos, más fáciles de interpretar. Para apreciar mejor la importancia de la vida cultural de Sumer, había que estudiar concienzudamente todos los fondos repartidos por los museos del mundo, reunirlos y trabajar con tesón. Y realizar un impresionante trabajo de copia.

«Un sumerólogo no es ningún genio --dice Kramer con su malicia de narrador-, es un destajista, una especie de trabajador maniático.» Se tardaba unos tres meses en leer una tablilla, transcribirla, traducirla y editarla, es decir, 40 tablillas en diez años. «Pero he tenido la suerte de vivir muchos años, de modo que la acumulación de las décadas no me da miedo.» De aquí saca una curiosa conclusión: « Mi oficio es uno de los pocos en los que el hecho de vivir muchos años, y de copiar, suple la inteligencia.» Uno se puede permitir el lujo de defender esta opinión cuando se tie-

¹ Encontramos este pasaje, junto con muchos otros textos magníficos, en *L'Histoire commence à Sumer*, Arthaud, París, 1957, reed. revisada en 1986.

nen noventa años bien llevados, se han hecho infinidad de copias y se han completado infinidad de rompecabezas.

«Parece como si tuviera una monomanía con esto de las copias. Pero para nosotros hay algo que tiene una importancia considerable. Una vez copiadas las tablillas, y correctamente copiadas -algo que la mala conservación de los cuneiformes y los enigmas gramaticales no ponen nada fácil-, nuestros colegas o sucesores disponen por fin, en todo el mundo, de una documentación que les evita tener que ir de Estocolmo a Heidelberg o de París a Harvard, pasando, desde luego, por esos lugares tan deprimentes, desagradables y necesariamente fastidiosos que son los campos de excavaciones. Le digo esto por experiencia, porque creo que mi ataque de apendicitis, en Irak, en los años treinta, se debió al aburrimiento de la vida de arqueólogo. Estoy hecho para copiar y traducir, eso es todo.»

HIJO DE ESCRIBA

Llegado a este punto, Samuel Noah Kramer titubea un poco, sonrío, le chispean los ojos y luego se anima como un sabio salido directamente de los cuentos de Hoffmann. Entre sus cualidades, se olvida a propósito de mencionar -¿por qué?- el arte del relato, una herencia muy directa del *shtetl* de Zaskov, cerca de Kiev, en Ucrania, donde nació el 28 de septiembre de 1897: «¿Sabe? Al fin y al cabo, soy hijo de escriba. De esa extraña clase de escribas llamados talmudistas, esas personas que hacen alarde de las maravillas de la lógica a partir de unas premisas totalmente inaceptables.»

Hemos tocado un punto sensible. Los años y la cantidad de trabajo acumulado no impiden que este hombre vivaracho se sienta hijo de padre talmudista. Incluso le ayudó cuando su padre enseñó hebreo en Filadelfia, cuando su familia se trasladó allí en 1906 huyendo de los pogromos. «Pero mi padre creía a pies juntillas que Dios había creado el mundo en siete días. Más adelante, por mucho que yo le explicara que ya los sumerios se basaban en los siete días lunares para sus relatos, y que los de la Biblia, con su ritualismo, sólo son sus ecos, sus convicciones no variaban.»

Kramer, por su parte, se apartó enseguida de estas creencias: «Estos grandes sistemas teológicos primero y filosóficos después me parecían demasiado bien acabados. Desde la adolescencia empecé a desconfiar -lo cual, en cierto modo, también se lo debo al Talmud, lo reconozco- de las generalizaciones o las explicaciones por Dios, por la Humanidad con mayúscula, o por cualquier otro aparato. Así que, de alguna manera, estaba destinado a trabajar con los sumerios -gente de pocos alcances en lo referente a los conceptos, pero con un gran realismo práctico: ¿acaso no les debemos la primera escritura conocida, el primer sistema político bicameral, o este uso concreto del cosmos que, por otro lado, todavía estaba impregnado de magia?».

Esto todavía no se ha producido cuando el joven Kramer entra en la universidad en la década de 1910. Lo que le interesa, más que el Talmud y el hebreo, es la literatura norteamericana y el derecho. Pero la literatura hace intervenir demasiados parámetros irracionales. En cuanto al derecho, ¿no se parece demasiado al Talmud? Parece que le tienta la filosofía, pero ¿y Kant?, ¿y la metafísica?... Una vez

más, y como siempre, las esferas. Como Noé, cuyo nombre está orgulloso de llevar (Ziusudra, el predecesor directo de Noé, procede de Sumer), Kramer ama la tierra firme. A los veintinueve años, casi en la madurez, aprovecha su perfecto conocimiento del hebreo para atreverse con el árabe, el griego y el egipcio. Como Noé, cuyo nombre está orgulloso de llevar (Ziusudra, el predecesor directo de Noé, procede de Sumer), Kramer ama la tierra firme. A los veintinueve años, casi en la madurez, aprovecha su perfecto conocimiento del hebreo para atreverse con el árabe, el griego y el egipcio.

Es el comienzo de la era oriental. Después de algunos rodeos -la egiptología le impacienta, esos vastos hieratismos no están hechos para su movilidad-, se vuelca en las escrituras cuneiformes. Estamos en 1929. Samuel Noah Kramer lee su tesis doctoral sobre las formas verbales en las antiguas lenguas mesopotámicas. Acaba de pasar mil penalidades excavando, con unos arqueólogos, el maldito yacimiento de Tell Billa, al norte de Irak. Los sumerios, con su realismo y su facundia, están muy cerca, pero Kramer todavía no sabe nada.

«Tengo que admitir que en mi vida, tan positivista, hubo algunos ángeles buenos, con un papel tan decisivo como imprevisible. Cuando convalecía de esa condenada apendicitis de arqueólogo, se me apareció el ángel bajo la apariencia de un equipo de la Universidad de Pensilvania, que necesitaba a un epigrafista. Se trataba de descifrar las tablillas del paraje de Shuruppak, patria del Noé sumerio. Después apareció un segundo ángel en la persona de un egiptólogo baptista de Chicago, subvencionado por el muy baptista Rockefeller. Buscaba un ayudante asiriólogo para trabajar con el gran Arno Poebel, un alemán cuyo mérito era tan raro como brillante: era el único hombre en el mundo que enseñaba específicamente sumerio. Fui su discípulo, por suerte para mí. Fue entonces cuando apareció mi tercer ángel, en la persona de mi mujer: Milly Tokarsky, una profesora de matemáticas. Me casé con ella en 1933. Después ya no volví a tener ángeles en mi vida, excepto el asiriólogo francés Jean Bottéro. Pero esto nos lleva a 1956.»

Esta escuadrilla de ángeles no debe ocultar la realidad. Samuel Noah Kramer se consagra a un trabajo oscuro y pesado. Vive mal, o no muy bien. Su carrera fluctúa a merced de donaciones, concesiones y rechazos de créditos. Más activo que nunca, con fama de fantasioso, nuestro sumerólogo inspecciona los fondos, sobre todo el de Estambul (1.500 tablillas procedentes del yacimiento de Nippur), y luego el de la Universidad de Pensilvania. En 1942 una conferencia sobre la Gran Diosa de Sumer, Inanna, le depara una buena acogida en la prensa y una plaza de conservador de las colecciones del museo de la universidad, que ocupó hasta 1968. ¡Por fin algo de estabilidad, y un trabajo interesante!

Kramer, fiel a su vocación literaria, no renuncia a su idea fija. El mundo imaginario de los sumerios, su cosmogonía, su visión del mundo -en el III milenio a.C.- le inquietan. Poco a poco va reuniendo documentación y en 1956 publica un libro de una claridad deslumbrante, lleno de extractos de impecable traducción, con el que el lector es transportado a un «continente» desconocido. El título inglés, que podríamos traducir por *Lo que se encuentra en las tablillas de Sumer*, no tiene ningún gancho. Apenas se venden 3.000 ejemplares. *Exit Kramer.*

Es entonces cuando interviene el cuarto ángel, Jean Bottéro. Patrocina la obra, le pone el nuevo y osado título de *L'Histoire commence à Sumer*, y la confía a la editorial Arthaud en 1957. Es todo un éxito: se venden 50.000 ejemplares en un

año, y 15 países compran los derechos. Luego se suceden las reediciones. Kramer se convierte en el «señor Sumer».

Desde luego, es un descubrimiento de gran envergadura. Los «géneros» literarios de estas tablillas son variadísimos. He aquí el primer caso conocido de alguien que se dedica a «hacer la pelota»: un colegial del año 2000 a.C. que, contrariado por sus malas notas, hace regalos a su profesor. Y un preciso «manual» del granjero sobre roturación y labranza. O el asombroso gesto de la gran diosa Inanna del amor, que baja a los infiernos y arroja allí a su amante... Todo esto contado con la erudita sencillez propia de Kramer.

«Estos hermanos humanos me conmueven por su falta de ideología -explica-. Tenían reyes, Antiguos, guerreros, héroes de humanidad conmovedora, como Gilgamesh, leyes y parlamentos, pero desconocían la teoría o la ideología. Carecían de dos herramientas intelectuales: la definición de los conceptos [lo que supondría tener «ideas generales»] y la noción misma de historia, de evolución. Vivían el mundo como tal, por lo cual hoy nos parecen especialmente modernos. Todo ocurría en el primer grado, de modo que hoy nos parecen tan materialistas como apasionados por la magia.»

Samuel Noah Kramer, evidentemente, no cree en la magia. Pero en muchos otros aspectos se parece a sus queridos sumerios. Hasta el punto de rechazar con vehemencia la idea (que alguna vez se le habrá ocurrido) de proyectar sus delicadas relaciones con el Dios de Israel sobre el mundo que ha sacado del olvido. «No tengo la más mínima imaginación, puede estar seguro. Soy de temperamento muy literal: cuando invento, lo hago tan mal y tan alejado del texto que no parece una interpretación, sino una simple invención.»

Estas afirmaciones no acaban de convencer al interlocutor. Samuel Noah Kramer, sin duda, conoce demasiado bien los textos y respeta demasiado la historia como para «inventarles» a los sumerios una psicología a su manera, pero eso no le impide enfrentarse a ellos con arreglo a las más puras reglas judeocristianas. ¿Cómo se puede imaginar el modo de pensar de los hombres anteriores al monoteísmo? Desde el momento en que éste nos impregna, no podemos pensar nada politeísta de un modo totalmente autónomo. Sobre todo -y es lo que ocurre con Sumer- cuando los semitas, que ya están ahí, emplean muchos materiales que un milenio después (siglos VI-V a.C.) aparecen en pasajes de la Biblia -por ejemplo, en los Salmos y el Libro de Job-. En efecto, desde 2700 a.C. aparecen nombres inequívocamente semitas en las tablillas de Sumer...

«La comparación que voy a hacer quizá no tenga mucho valor -aventura entonces Kramer-, pero tuve la oportunidad, como le he dicho, de trabajar con Poebel, un gran sabio, aunque por desgracia era un nazi convencido. ¡Un nazi con un ayudante judío, menudo panorama! A veces he pensado que los sumerios y los semitas debieron de tener unas relaciones parecidas a las de los alemanes y los judíos antes de 1914. La ósmosis entre las dos tradiciones era indiscutible, aunque subsistieran el delirio metodológico, analítico, en los alemanes y esa especie de intuición plástica, sistemática, de los judíos. Los alemanes acumulaban observaciones y técnicas, los judíos ponían emoción, sistema, visión. En Sumer ocurrió un poco lo mismo: los sumerios inventan la escritura y realizan unos catálogos asombrosos, mientras que los semitas que conviven con ellos unifican, crean perspectivas, funden muchas leyendas en una sola epopeya, etc. Sobre todo, cuando un semita interviene en un

cuerpo de textos, en esos lejanos tiempos, se advierte su toque personal por un dominio de la tensión-alivio en la intriga, un clímax, una orientación, allí donde los sumerios se limitaban a amontonar.»

En este sentido, ¿Kramer rima con Sumer? El sabio no se toma en serio estas comparaciones: «Se lo repito, nadie imagina peor que yo, y sólo he soñado verdaderamente una vez, una sola vez. Acerca de la localización de Dilmun.» Dilmun, tierra difícil de ubicar cuyo nombre aparece en las tablillas de Sumer, es algo así como la Atlántida de los sumerólogos. Según Kramer, este país, del que hablan los más antiguos cronistas de Nippur, Ur y Lagash, se hallaba cerca del Indo, gran civilización bisagra con la complicada Asia... «Honradamente debo decir que la mayoría de las apariencias están en contra mía, pero sigo teniendo esa convicción. Si me equivoco, de todos modos eso les causará un gran placer a mis colegas. No puedo privarles de ese placer.»

Y diciendo esto, tan juvenil y malicioso como siempre, Kramer vuelve a sus tablillas.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

De S. N. Kramer:

Sumerian Mythology (Filadelfia, 1944), traducción de los textos sagrados acompañada de un amplio comentario. Nueva versión, en colaboración con Jean Bottéro: *Lorsque les dieux faisaient l'homme. Mythologie mésopotamienne*, Gallimard, París, 1989.

Su principal libro en inglés es *The Sumerians* (Chicago University Press, 1983), dedicado a la cultura, la historia y las costumbres de los hombres de Sumer.